

POÉTICA DE LA CITA EN LA *SILVA* DE PERO MEXÍA: LAS FUENTES CLÁSICAS

ISAÍAS LERNER
The City University of New York

Uno de los genuinos placeres que genera la lectura de la *Silva* de Pero Mexía (h. 1497-1552) es el encuentro con un texto de variedad enciclopédica y de vastas dimensiones bibliográficas para su época.

La variedad enciclopédica se apoya en una tradición que la filología humanística puso nuevamente de moda. No es casual, pues, que Plinio, Aulo Gelio y Plutarco estén entre los autores más citados ni que sus nombres sean recordados en el «prohemio y prefación». Que Mexía reivindique el género para las lenguas modernas es otro rasgo de su cultura renacentista: «Y pues la lengua castellana no tiene, si bien se considera, por qué reconozca ventaja a otra ninguna no sé por qué no osaremos en ella tomar las invenciones que en las otras y tractar materias grandes, como los Italianos y otras naciones lo hacen en las suyas,... Por lo cual yo, preciándome tanto de la lengua que aprendí de mis padres, como de la que me mostraron preceptores, quise dar estas vigiliass a los que no entienden libros latinos... pues son los más y los que más necesidad y deseo suelen tener de saber estas cosas.» (I, p. 19). De algunos aspectos de las vastas dimensiones bibliográficas de la *Silva* nos ocuparemos en este trabajo. La lista de «autores alegados» al final de las cuatro partes, incluye doscientos ochenta y nueve nombres, pero más de trescientos treinta son los mencionados como autoridad y podría añadirse algún otro. A primera vista la lista parece excesiva y los estudiosos modernos han tendido a creer que esta erudición era el producto simple de la consulta y copia de otras misceláneas contemporáneas. Estas opiniones son más el reflejo de actitudes modernas acerca del conocimiento de las literaturas clásicas (y también reflejo, tal vez poco consciente, de las prácticas actuales de la investigación) que el resultado del estudio del texto de Mexía. En primer lugar, «la voluntad de estilo» de Mexía, el «rasgo más pertinente» de este texto

es, precisamente, el apoyo en la cita directa y erudita. El despliegue de autoridades es lo que da la consistente unidad a la variada y desordenada *Silva* de temas elegidos, casi al azar. El lector competente encontrará los nombres esperados y sorprendidos en cada capítulo, y cierta poética de la cita guía el discurso de la miscelánea. Puesto que ocultar la fuente de afirmaciones y datos va precisamente contra los parámetros que establece este tipo de discurso, Mexía no solamente ofrece riqueza de autoridades directamente consultadas sino buen número de fuentes secundarias adicionales expresamente señaladas en el texto. Esto que hoy parece vanidosa muestra de erudición, por comparación con los usos críticos actuales, sin embargo debe entenderse (y por ello apreciarse) en el marco apropiado de las expectativas intelectuales del siglo XVI. Especialmente en todo lo que se relaciona con autores griegos y latinos, la cita debió adquirir un aire de modernidad en la segunda mitad del siglo XV y principios del XVI que parece irrecuperable en la lectura descontextualizada actual. Esto, por supuesto, antes de que se transformara en simple moda y terminara recibiendo el justo ataque de los escritores del XVII, sin que dejara de utilizarse, aun por ellos mismos. Pero en los años de la *Silva*, la explosión de ediciones impresas de clásicos creó un genuino redescubrimiento de escritos que muy pocos hasta entonces habían podido citar por lectura directa. La labor filológica humanista dotó de «novedad» a las autoridades antiguas contra lo que hoy, anacrónicamente, se acostumbra a suponer. En verdad, los textos clásicos proveyeron de actualidad al discurso literario e informativo de los siglos áureos.

La avidez con que estos libros se buscaban, se difundían, se leían y se citaban es un aspecto fundamental para comprender el proceso de recepción de las obras de autores renacentistas y barrocos; la contribución de las misceláneas a este conocimiento, lejos de reflejar la vulgaridad del gusto de la época, como quiere Bataillon, es testimonio de un fenómeno cultural de significación no carente de importancia, pues sus páginas condensan ideas y temas que interesaban y se discutían entre los doctos españoles que ayudarán a promover cambios artísticos, culturales y políticos en la vida española.

Por otra parte, puesta en perspectiva la bibliografía utilizada por Mexía, parece poco plausible la actitud de la crítica moderna que ha querido ver en la *Silva* una construcción de referencias secundarias, como si la lectura directa fuera monopolio de los humanistas de otras regiones. Si Mexía muestra algún orgullo (que parece bastante legítimo) es el de hacer gala de conocimiento directo de los textos clásicos recientemente publicados, en obvia actitud competitiva con las misceláneas latinas de la época. Naturalmente, Mexía las conocía bien. De tres de sus autores hace mención en el ya citado «Prohemio»: Petro Crinito (Pietro Riccio), Ludovico Celio (Ludovico Ricchieri) y Nicolao Leónico (Leonico Tomeo); es decir, Petrus Crinitus, el autor de *De honesta disciplina* (1504), Nicolaus Thomaeus, autor de *De varia historia* (1532) y Ludovicus Caelius Rhodiginus, que escribió unas muy famosas *Lectioinum antiqvarum* (1517). La

última, sin embargo, no aparece explícitamente mencionada en ninguna de las cuatro partes de la *Silva* y los otros dos libros apenas se recuerdan tres y seis veces respectivamente. En cambio, como hemos visto, las polianteas clásicas muestran un índice de frecuencia permanente. El hecho de que Mexía cita no solamente autor sino también obra y capítulo obliga a pensar en lectura directa. Sin embargo, en lo que respecta a los autores griegos, hay buen número de ejemplos en que la mención viene a través de otra cita. Esto es posible detectarlo de modo casi intuitivo, sobre todo si la cita es más o menos vaga.

Concorre a ello otro factor más, y es que en nuestra opinión, Mexía como muchos intelectuales españoles de su tiempo, no conocía la lengua griega. En cuanto a la vaguedad de citas, que contrasta con el cuidado con que se particularizan las referencias en muchos casos, Mexía recurre a expresiones que devienen claves apenas se avanza en la lectura: «leemos», «según otros», «también dicen», «algunos autores», «otros dicen» son las fórmulas más corrientes para evitar la mención de la fuente secundaria o para expresar la inseguridad de un dato no confirmado por lectura directa. Sin embargo, la fuente dudosa está mencionada, en la mayor parte de los casos, como apoyo primario en el mismo capítulo. La vaguedad se convierte así en prueba de ausencia de constatación. Otras claves que indican el apoyo en lectura indirecta es una aparición única generalmente motivada por otro texto que sí se menciona. Finalmente, el desconocimiento del griego ya señalado, obligaba a recurrir a traducciones o al aprovechamiento de un texto intermediario latino clásico o renacentista o a los padres de la Iglesia. Muchas veces se trata, pues, de citas tomadas de una de las misceláneas clásicas: Plinio, Aulo Gelio, Plutarco o Macrobio. Ciertamente, no hay admisión directa de desconocimiento del griego en la *Silva*, pero el hecho de que todos los autores y textos griegos con mención múltiple tuvieran ya traducción latina y, aun más importante, la afirmación de que la traducción que hace de la *Paranesis* de Isócrates se apoya en la traducción latina de Rodolfo Agrícola parecen pruebas suficientes para afirmarlo.

De todos modos, en las cuatro partes de la *Silva*, alrededor de setenta autores griegos autorizan más de cuatrocientas citas. De ellos, sólo trece son de mención múltiple si consideramos, con cierta arbitrariedad, exclusivamente autores con cinco entradas por lo menos en el texto. Todos debieron ser leídos en traducciones latinas de finales del XV y principios del XVI; de ellos, como de las otras autoridades latinas clásicas, patrísticas, medievales y renacentistas, derivan las menciones únicas de textos griegos que seguramente no leyó directamente nuestro autor.

Las autoridades griegas más citadas son Aristóteles (unas setenta y seis menciones); Plutarco (cincuenta y una citas) y Josefo (treinta y nueve), y reflejan claramente los aspectos históricos, anecdóticos y científicos que dan forma a los temas de la *Silva*.

En el caso de autores solamente citados una, dos o tres veces no es aventura-

do suponer (a pesar de la voluntad de Mexía de apoyarse, como regla general, en lecturas directas) un texto intermedio. No siempre es fácil decidir cuál es esta instancia mediadora y una asignación puede parecer, o terminar por resultar, arbitraria. Sin embargo, esto no es importante, si se considera que en conjunto, lo que la *Silva* revela es el tejido de referencias bibliográficas, las expectativas culturales y los intereses intelectuales del sector letrado de la primera mitad del siglo XVI español y, sobre todo, la intensidad y la variedad del tráfico y tránsito de nuevos libros en la época. Sin duda, debió tener Mexía una biblioteca bien provista o acceso a otras colecciones de libros; en cualquiera de los dos casos y en su combinación, la biblioteca no debió ser de ninguna manera excepcional en su tiempo. Éstas son las señales culturales que ofrece el texto de Mexía, entre otras, al lector moderno, y son de particular interés para el estudioso actual.

El análisis (necesariamente parcial en este trabajo) de las menciones esporádicas de fuentes griegas no sólo sirve para ayudarnos a entender el aire de «modernidad» y la señal cultural de «estar al día» que Mexía quiere capturar para sus lectores sino también en qué medida se equilibran los usos de las misceláneas clásicas con las variaciones del género que volvieron a ganar el gusto del público lector renacentista, del emperador para abajo. En el caso de Isócrates, la cita está tomada de la traducción latina de Rodolfo Agrícola. El hecho de que esté en la cuarta parte indica que con toda probabilidad, Mexía la leyó y tradujo después de la publicación de la primera edición de la *Silva*. Las citas de Heráclides (III, 34, 201 y IV, 11, 313) son obviamente secundarias puesto que no se han conservado textos de él. Sin embargo, las posibles fuentes clásicas, patrísticas y modernas están declaradas en ambos capítulos. Como debe ser de fuente secundaria la mención de Dionisio de Halicarnaso en el mismo capítulo sobre las sibilas (III, 34) a pesar de que la primera traducción latina, de L. Birago, *Antiquitates Romanae* fue publicada en Treviso, 1480, mucho antes que la *princeps* del texto griego (París, 1546, editada por R. Stephanus). Pero otros autores griegos pueden haber sido leídos en su traducción latina seguramente. El dato de la fuente libia que mana agua fría de día y caliente de noche según noticia en la *Anabasis Alexandri* de Flavio Arriano bien pudo venir por lectura directa de la traducción de Bartolomeo Facio: *De rebus gestis Alexandri Magni Regis*, 1508.

Quinto Fabio Pictor, el senador e historiador que escribió una historia de Roma en griego, aparece dos veces en la *Silva* y ofrece un caso interesante de posibilidad de doble fuente. En efecto, *De aureo saeculo et origine urbis romae* se imprimió en Basilea en 1530 con los *Fragmenta vetustissimorum autorum* que incluía textos no siempre fiables, entre otros, de Anquiloco, Beroso, Manethon, Jenofonte, Frontino; Mexía utilizó seguramente estos *Fragmenta* para la cita sobre Nino, el primer conquistador de tierras ajenas (I,8,52), pues advierte: «y afirma Fabio Pictor en el principio de lo poco que tenemos de su historia (si es suya)...». A pesar de sus dudas transcribe el dato, con toda probabilidad de la

página cuarenta y nueve de la edición de Basilea: «Circa finem aurei seculi primum omnium Ninus rex Assyriorum hos aureos mores nova regnandi cupiditate mutavit et primus limites transgressus, bella finitimis movit...» En cambio, la noticia, también atribuida a Quinto Fabio Pictor sobre la prohibición de beber vino las mujeres en Roma (III,16,86) tiene que venir de Plinio XIV,89, cuya autoridad bastaba para dar confianza al dato que, por otra parte no traen los *Fragmenta*.

La única cita de Atenor viene de Aelianus (Eliano o Aliano), que *Silva* debió leer en la traducción de Petrum Gyllium o Pedro Gelio (I,24,147) o Gilio (III,12,69) de Lyons, Gryphius, 1533. El nombre de Bión para la definición de la avaricia (IV,13,325) probablemente lo provee Diógenes Laercio cuyo *De vita et moribus philosophorum* ya circulaba traducido al latín por Ambrosio Traversario desde alrededor de 1431 y con varias ediciones previas a la aparición de la *Silva*. Como también debe provenir de Laercio la única mención de Calímaco (IV,11,312) a propósito de Tales. En efecto, de Calímaco sólo se conocían fragmentos en papiros en el siglo XVI y Diógenes Laercio cita repetidamente a Calímaco como fuente para la vida de Tales.

Plutarco es fuente de la cita única de Demades, orador, acerca de las leyes draconianas (IV,10,300) en la vida de Solón, par. 17. Plutarco había circulado muy temprano en traducciones latinas y cincuenta y ocho vidas habían sido traducidas al español de la versión latina de Leonardo Justiniano por A. Fernández de Palencia y publicados en Sevilla en 1491. El nombre del famoso retórico y sofista Gorgias de Leontinos, cuyo elogio de la generosidad monetaria de Cimón recuerda Mexía (II,20,377), con el nombre de Georgio Leontino viene también de la vida de Cimón de Plutarco, X,5; como viene también de la misma obra de Plutarco la única mención de Cratino en la misma página; en efecto, Plutarco recuerda un pasaje de su comedia satírica *Archilochi* en el que Cimón aparece como modelo de generosidad. En algún caso, la cita de Plutarco debe ser errata en la *princeps*, error de Mexía o de la fuente secundaria por él usada: cuando en I, 42, 251-252 Mexía recuerda para el tema del parecido de hijos y padres a Empédocles a través del *De placitis philosophorum...* atribuido a Plutarco, la referencia no corresponde con el texto; en efecto, la única mención de Empédocles es a propósito de los cuatro elementos (*De placitis...* I, par. 877, 38).

También las fuentes latinas clásicas proveen documentación de autores griegos citados, como la única de Apión sobre la castidad de Alejandro (II,30,434) que proviene de Aulo Gelio (VII, 8, 1-4). Lo mismo puede decirse de los padres de la Iglesia, abundantemente usados por Mexía, quien sigue aquí las huellas de las enseñanzas filológicas de Erasmo; tal es el caso de la única aparición de Eupolemo, historiador judío helenizante del siglo II a.C., a propósito del origen egipcio del alfabeto («las letras»), que está tomada de Eusebio, *De evangelica praeeparatione*, I. nonus, c. IV. También viene a través de Eusebio (*De Demons-*

tratione Evangelica, 1.VIII, c.2, par. 389-390) la única mención de la *Cosmografía* de Julio Víctor Africano (IV,16,350) acerca de la reconstrucción de Jerusalem.

Por cierto, los autores contemporáneos de polianteas más especializadas también proveen información sobre textos clásicos que Mexía repite, pero los casos no son tan abundantes como nuestra actual concepción de la erudición en letras latinas y griegas nos hace suponer. Aun en las instancias de coincidencias temáticas creo prudente inclinarse a creer, en el caso de Mexía, que la consulta directa es la respuesta a la filiación de fuentes escritas en latín y no la copia de menciones en textos recientes.

En todo caso, la única referencia a Hermes está tomada de Camillo Leonardo *Speculum Lapidum*, Venecia, 1502, quien lo cita en el *liber secundus, caput tertius, fol. XV, v*. Sin embargo, puesto que el texto se refiere a la relación entre las estrellas y las propiedades maravillosas de las cosas, no hay que dejar de tener en cuenta el *hermetis centum aphorismorum liber* en donde se lee (aforismo 5, por ejemplo) algún texto relacionado con estos temas. Por otra parte, la enciclopedia moderna más citada es la de Volaterrano, es decir, Raffaele Maffei, autor de numerosos tratados y traducciones (de Jenofonte y de la *Odisea*, por ejemplo) y de los enciclopédicos *Commentariorum rerum urbanorum Libri XXXVIII* (Roma, 1506) que Mexía utiliza expresamente unas diez veces, además de una *Cosmographia* (I,14,90). En verdad, la mayor parte de estas menciones corresponden a temas modernos sin relación con la antigüedad clásica, pero, en algún caso, como en la única mención de Demócrito (IV,10, 304), la referencia viene de los *Commentariorum*, Philologia, libro XXVIII, c. *De noscendo seipsum*, donde Demócrito contesta a la pregunta sobre cuándo comenzó a ser filósofo con la frase «cuando comencé a conocerme». También la única mención de Demócrito (III,16,88) debe venir del Volterrano, aunque no lo cita Mexía, pues el dato de que Demócrito se apreciaba de abstenerse del vino está en *Commentariorum...* libro XXXII, *De abstemiis*. Y también es probable que se deban a esta fuente las dos citas atribuidas a Hermíonico y Demócrito en el capítulo treinta y dos de la primera parte sobre los «muchos loores y excelencias del trabajo» pues ambos aparecen en el *liber XXXI fol. CCCXXXV. De labore*. Pero tampoco esto es absolutamente seguro, pues tema semejante se trata en el libro de Diego de Sagredo, *Medidas del Romano*, publicado en Toledo en 1526 que Mexía debió conocer y que remite al Volterrano para todos los datos sobre el elogio del trabajo. Nada, pues, impide pensar que sea Sagredo una instancia intermedia y el inspirador del tema. Por lo demás esta relación Mexía-Sagredo-Volaterrano en el contexto de la literatura moral europea y cristiana, adquiere significación adicional si se tienen en cuenta algunas arriesgadas generalizaciones originadas por las ideas de Américo Castro sobre el supuestamente característico desdén por el trabajo manual de la «casta cristiano-española». Además, la influencia de Maffei (o Sagredo) no se limita a los autores griegos citados si-

no que se extiende a otros en el mismo capítulo, y en otros. Eurípides es un caso especial; mencionado cuatro veces en la *Silva*, dos de ellas aparecen en este mismo capítulo treinta y dos y no cabe duda de dónde proceden. Pero seguramente viene también del Volterrano la del capítulo trece de la Cuarta Parte sobre la codicia (*Commentariorum*, 1. XXXII). En cambio, la de III, 34 viene de la literatura cristiana del siglo III: Mexía anota que Eurípides, en el prólogo de la *Lamia* hace mención de la segunda Sibila, nacida en Libia; puesto que no existen sino noticias de la obra es natural concluir que la fuente del dato debe ser antigua. Parece seguro suponer que tiene que venir de Lactano, *Divinae institutiones* I, c. 6, 8 apoyado en Varrón: «Varro in libris rerum divinarum Sibyllinos libros ait non fuisse Sybillae, sed Sibyllas decem numero fuisse secundam Libyam, cuius neminit Euripidem in Lamiae prologo.»

La complejidad de filiación de autoridades, que en este trabajo sólo es posible esbozar, es, naturalmente, mayor cuando las fuentes son más modernas y se mezclan con autores clásicos recientemente traducidos. Además, la supresión voluntaria o no de los textos intermediarios confiere a las atribuciones una especie de arbitrariedad que solamente puede resolver a medias una fuente común anterior. Tal es el caso en el capítulo seis de la primera parte, de la carta de Plutarco al emperador Trajano. En efecto, ya L. Clément había señalado que esta carta era una falsificación hecha por fray Antonio de Guevara; ciertamente Guevara enriqueció con este tipo de supercherías el género de la «carta para la educación del príncipe» en boga ya a principios del siglo XII además de las conexiones que este tipo de apoyo en autoridades, reales o inventadas, tiene con los escritos de filosofía moral contemporáneos de Guevara y Mexía. El mismo Clément da por seguro que el texto de Mexía es resumen del de Guevara, a quien considera fuente de más de un texto de la *Silva*. Esto parece muy poco probable en el caso de las *Epístolas familiares*, en cuyo libro primero, segunda parte, carta treinta aparece la «...del filósofo Plutarco al emperador Trajano...» (Madrid, Aldus, 1952, t. II, 350-354). En primer lugar porque la fecha de la primera edición de la *Silva* es anterior a la de la segunda parte de las *Epístolas*, aparecida en Valladolid, por Juan de Villaquirán, 1541; en segundo lugar porque el texto de Mexía viene directamente tomado del *Policriticus* de John de Salisbury impreso por primera vez en Bruselas, 1476, en el libro quinto, capítulo I, «Epistola Plutarchi instruendis Traianus», y se la incluye como parte de una obra hoy perdida atribuida a Plutarco, *Institutio Trajani*, y actualmente considerada espuria. La falsificación, en todo caso, correspondería atribuirle al secretario de Thomas Becket. Ninguno de los dos españoles cita a John de Salisbury porque la autoridad de Plutarco era la que contaba. La relación de la *Silva* con los textos singulares del obispo de Mondoñedo debe volver a revisarse de modo más escrupuloso, al menos en lo que a las *Epístolas* corresponde. Por otra parte, el conocimiento del *Policriticus* por parte de Mexía, resulta singularmente coherente con sus intereses humanísticos. En efecto, lo que debió atraer a Mexía de

este tratado (y también a Guevara) es un paralelo entusiasmo por el progreso del saber y por el renacer de la civilización romana; un paralelo interés con John de Salisbury por la educación del príncipe cristiano en los principios universales de gobierno, puestos nuevamente en circulación por Erasmo.

En cuanto a las fuentes latinas, los problemas son menos complejos, pues Mexía manejaba con gran habilidad el latín y el aumento del número de impresiones y nuevas ediciones de autores no publicados anteriormente, favorecían la consulta directa. En verdad, es a través de los autores latinos clásicos (y también patrísticos) que la pasión de Mexía por el «saber», no siempre discriminado, se hace evidente en la *Silva*. El número de citas por amor aumenta considerablemente y, contrariamente, el número de autores latinos es menor: alrededor de sesenta en unas seiscientas entradas. No faltan, sin embargo, fuentes secundarias. Así, por ejemplo, la única cita de Terencio, a propósito del proverbio *Ne quid nimis*, viene de Erasmo, *Adagiorum* Chil. I, Cent. VI, Prov. XCVI en donde se le atribuye a Terencio en su *Andria*. La única mención de Marco Aurelio (II, 35, 471) es a propósito de una carta, al parecer espuria, en la que cuenta acerca del favor que hicieron con sus oraciones los soldados cristianos; viene probablemente de Justino, quien la transcribe al final de la segunda *Apologia*; Mexía utilizó a Justino y lo cita cuatro veces en la *Silva*. Creo, sin embargo, que el mayor interés de estas fuentes latinas para el lector moderno reside principalmente en lo que ellas dicen de la recepción de los autores clásicos nuevamente editados y de la circulación de estos libros en España, de las traducciones castellanas y de la avidez con que se debieron frecuentar estos textos como signo de novedad o de lo que hoy se designa como «crudición».

En algunos casos es posible, incluso, arriesgar hipótesis sobre las ediciones utilizadas por Mexía. Así, las ocho citas de la *Romana historia* de Eutropo deben venir de la edición de Basilea en las prensas frobenianas de 1532 pues en ella se hallan los añadidos de Sexto Aurelio Víctor a quien Mexía cita, por errata, como Emilio Víctor en I, 19, 122 y vuelve a mencionar correctamente junto con Eutropo en II, 29, 432 a propósito del emperador Heliogábalo. Por otra parte, es esta misma edición la que contiene los *Anales constantinopolitanos* y el *De gestis Longobardorum* de Paolo Diácono, también utilizados por Mexía. El interés por la historia, que informa buen número de temas de la *Silva* explica el uso frecuente de los escritores de la Historia Augusta. La primera edición sobre una de las numerosas copias del Codex Palatinus salió en Milán en 1475 y otras ediciones aparecieron rápidamente, entre ellas, la de Erasmo, en Basilea por Frobenio en 1518; sin embargo, lo más probable es que Mexía haya manejado la edición aldina, Venecia, 1516 preparada por J.B. Egnatius, a quien cita como autor en I, 13, 87 (Ennatio) y en II, 28, 421 (Egnacio). Más aun, algunas confusiones en la atribución de las obras a los respectivos *scriptores* probablemente se explican por el orden en que aparecen en esta mencionada edición. Así, en II, 29, 432 recuerda las alusiones que sobre el emperador Heliogábalo hace Elio

Espartiano en la vida de Septimio Severo; se trata sin embargo de datos y numerosas menciones en la vida de Alejandro Severo, también de Espartiano, inmediatamente anterior en el orden de la edición de Egnatio. La cita es demasiado general y ello también explica el error pues el capítulo se base fundamentalmente en la vida escrita por Aelius Lampridius de la misma colección y a la que Mexía se refiere como su fuente más importante. También es posible arriesgar la suposición de que la edición utilizada para las citas de Floro sea la de Basilea en las prensas de Io. Hervagio, 1532 pues en ella se imprimió la obra de Mesala Corvino *Ad Octavianum Augustum de progenie sua libellum* citado en IV, 3, 248-9. Los ejemplos podrían multiplicarse, pero creo que con los datos queda claro el interés que el análisis de las fuentes de la *Silva* tiene para entender mejor algunos aspectos de la atmósfera intelectual de la España de la primera mitad del siglo XVI. Por añadidura, esta mejor y más pormenorizada comprensión ayudará a acercarnos con mayor rigor y con simpatía más próxima a los modos de recepción y a las expectativas de lectura de los contemporáneos de los textos áureos.